



*L*

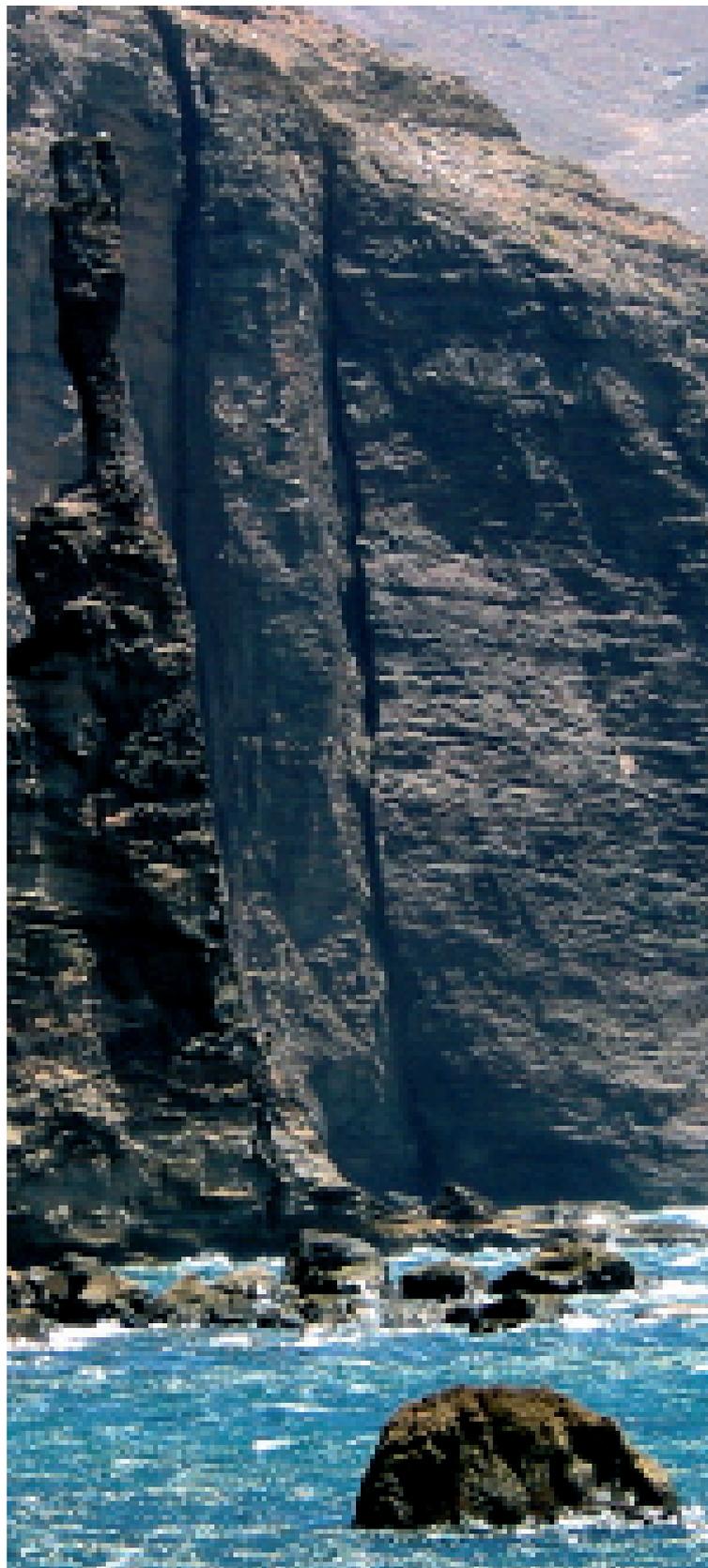
Llegó el día. Salimos de Jaraíz de la Vera a las 9.30 de la mañana. De viaje hacia Madrid, nos ponen en el vídeo del autobús *Hotel Ruanda*. Intento vestir con palabras lo que me hace sentir la película. No es posible. Sólo estos versos consiguen saltar al mundo real:

*Una cabeza vuela  
desde el televisor  
hasta mi gran salón.  
Se va como ha llegado  
y prosigo mi cena  
sin más interrupción.*

Quizá el pecado original del hombre sea lo que la película refleja. No sólo nacer, como vomita san Manuel Bueno, sino nacer para matar a otros hombres, para aniquilar a los que son diferentes, para no entender. Afortunadamente, la película también nos dice que, de vez en cuando, surge un salvador que nos redime. Y yo pregunto: ¿Llegará el día en que por fin no sean necesarios los salvadores? ¿Será ese día el último? Sólo estamos a 26 de marzo. Da lo mismo; no sólo abril, cualquier mes es cruel y cualquier momento de cualquier día puede ser el más cruel. La poesía siempre va por delante de la ciencia. Y de la historia. Eliot vio desde su ventana de Lloyds —mi amigo Álvaro lo sabe bien— la tierra a la que ahora, en este principio del siglo XXI, nos acercamos. No, la tierra en la que ya nos encontramos, una *tierra baldía* llena de *hombres huecos*. Yo tengo suerte, el peso del amor de mi mujer me da una razón para estar aquí y por él voy donde quiera que voy. Aunque nada más entienda, nadie podrá arrebatarme la certeza de su llama. Jamás.

R.

*De cierto nunca supe  
por qué estamos aquí,  
ni si hubo algún principio  
o si al final tendremos  
respuestas que entender.  
Pero cuando contemplo  
en la almohada tu rostro  
con la luz que ya nace  
siempre que inauguramos  
una nueva mañana,  
enredada la noche  
aún en tu cabello,  
sé de cierto que yo,  
si una razón alcanzo  
para andar bajo el cielo,  
es latir junto a ti*



*Los años que nos preste  
el banco de la vida,  
como si no estuvieran  
destinados a ruinas.*

Éstas son *palabras privadas* que le dedico en público.

Tal y como estaba previsto, Javier se une a nosotros en el aeropuerto de Barajas.

Cuando acaba todo el proceso de facturación, aún nos quedan dos horas. Antes de soltar a las fieras, aprovechamos para darles unas fotocopias en las que se puede leer nuestro particular decálogo del viajero. Dice así:

### Decálogo del viajero

“No hay más destino  
que el viaje mismo”.

H. Rotsén.

1. El viajero no es un turista.
2. El viajero va siempre ligero de equipaje.
3. El viajero no se preocupa por los imprevistos ni teme lo desconocido; los considera nuevas experiencias.
4. El viajero no piensa en la meta, piensa en el camino.
5. El viajero no protesta, no se queja; el viajero acepta lo que el viaje le ofrece.
6. El viajero no transforma lo que ve; el viajero se transforma con lo que ve.
7. El viajero siente el viaje y aprende de él.
8. El viajero no es un coleccionista de recuerdos e imágenes; el viajero atesora vivencias.
9. El viajero se hace parte de los mundos que recorre.
10. El viajero nunca llega, nunca regresa; simplemente descansa y repone fuerzas para cuando deba continuar el viaje.

Terminado el reparto, nosotros nos dedicamos a perder el tiempo agradablemente. Estas horas sin nada en qué pensar, sin absolutamente nada de lo que preocuparnos antes del maratón que nos espera, son bien recibidas. Cuando nos encontramos con algún grupito en la inmensidad de esta república del aire que es Barajas, le hacemos preguntas sobre Unamuno. Algunas hasta son contestadas.

Dicen los entendidos que nosotros —los *maestros*— apenas influimos en los alumnos; lo más, un 13% —feo número—, asevera una estadística. Pero pensar que con nosotros será la primera vez que vuelen muchos de ellos, *volatiliza* el porcentaje. Estos chavales que despiertan a la vida son nuestro futuro, el futuro de un país que no parece acordarse de ellos salvo para estadísticas.

Ya en pleno vuelo, recuerdo un poema que escribí hace tiempo y que tengo presente siempre que inicio un viaje. Dice así:

*No me apremian grandes prisas  
por llegar a ningún sitio,  
hace tiempo que conozco  
dónde emplazar mi destino  
y sé, con total certeza,  
que es para todos el mismo:  
las blancas bocas sonrientes  
de los que una vez han sido,  
me susurran cada día  
cómo termina este libro.  
¿Correr? ¿Volar? Para qué.  
Hay que hacer el recorrido  
disfrutando en cada paso,  
como el feliz peregrino,  
los que restan por venir  
sin esquivar desafíos,  
ni tan siquiera ese último  
que pondrá fin al periplo.  
La señora que me espera  
allá, al final del río,  
puede hacerlo tranquila,  
verá cumplido el designio:  
siempre puntual a la cita  
me tendrá a su servicio.  
Desearía marcharme  
sin provocar mucho ruido,  
dejando como balance  
en el alma de los míos  
menos dolor que alegría  
y una promesa de olvido.  
Tampoco me importaría  
si a sus labios un suspiro  
trepaba y derrota y aleja  
todo vestigio de frío,  
mientras tendida en la cama  
siga soñando conmigo.*

Hay dos tipos de viaje, el interior y el exterior. Ambos sólo son completos si revierten el uno en el otro. También hay dos tipos de gentes que se trasladan. Los unos son meros transeúntes; el efecto de lo que ven, del lugar que les recibe, empieza y acaba fuera de sí mismos. Es la especie bípeda que conocemos como *turista*. Migrante ocasional, se desplaza en bandadas ingentes y, a diferencia de los caracoles, lo hace a gran velocidad y sin su casa a cuestas, siendo esto último, la casa, prácticamente lo único que no lleva consigo en sus *razias*. Los otros son los auténticos viajeros; apenas necesitan equipaje —la mayor parte de él la llevan dentro— y se mueven solos o en pequeños grupos. A

medida que el viaje transcurre, se produce en ellos una transformación, de forma que el regreso los encuentra diferentes de cuando partieron. En casos extremos, se puede dar la circunstancia de que el regreso jamás dé con ellos, acabando por ser poco más que una leyenda, un cuento para niños que algún día, quizá, se conviertan en viajeros.

Ahí abajo, a nuestra izquierda, aparecen las islas. La primera, Lanzarote; luego, Fuerteventura y, al cabo, Gran Canaria, nuestro sueño durante meses. Pienso en la frase de Donne "todo hombre es una isla". Y todos los necios se empeñan en seguir siéndolo, añado yo.

Recogiendo los equipajes de las cintas transportadoras, alguien perteneciente al personal del aeropuerto se acerca a mí y me pregunta por los asientos que ocupaban los chavales. Me da también algunos nombres. *Asiento* con un gesto de la cabeza. Si somos tan amables de dirigirnos todos al fondo de la sala, allí me lo explicará. Y me lo explica. Faltan unos chalecos salvavidas; sin ellos, el avión no puede despegar. Estaban en los sitios de nuestros chicos que, como puede suponerse, son sospechosos de su *desaparición*. Llamo a Javi, se lo cuento y nuestra reacción es unánime. Ponemos la mano en el fuego por cualquier miembro de nuestra *tropa*. Pueden registrarlos si quieren... Le hemos quitado la palabra de la boca. De repente, vemos a nuestra espalda a un miembro de la Guardia Civil que se había acercado sin darnos cuenta. Pintan bastos, compañero. A pesar de todo, mantenemos la calma como bravos. El viaje es una aventura y el viajero acepta lo que le ofrece sin protestar. Los críos no nos van a ver flaquear. No señor. Llevamos casi media hora de retraso sobre el horario previsto. Javier avisa por el móvil al que será nuestro coordinador, Ángel, y le comenta en pocas palabras el incidente. "Mal *empesamos*", contesta. Fin de la comunicación.

Los muchachos se *asientan* y da comienzo el registro. Van pasando uno por uno a los servicios. Si alguien, *por error*, ha *cogido* un chaleco, lo dejará allí. No se sabrá quién ha sido y santas pascuas. Viéndonos *asentados*, ellos también lo están. Como ya sabíamos, los chalecos no aparecen. Misterio misteriosísimo. "Ustedes disculpen, bienvenidos a Las Palmas, pueden iniciar su visita. Si podemos compensarles de alguna forma por el *tiempo perdido*...". "No se moleste, tenemos a Proust buscándolo". "¿Proust?". "Déjelo, es broma. No obstante, ¿sería posible que en el vuelo de vuelta tuviésemos los mismos asientos? No, no es coña, va en serio. Verá, hemos aprendido un pequeño truco y... ¿Sí? ¿Puede hacerse? Muchísimas gracias. Hasta la vista, amigo".

Estamos orgullosos. Hemos solventado como si tal cosa una situación realmente difícil. Quizá suene pretencioso por mi parte decirlo, pero quien no haya viajado con 24 chavales sin apenas experiencia bajo su responsabilidad absoluta, no comprenderá nunca de lo que estoy hablando. Me viene a la cabeza en estos momentos, con el Guardia Civil viéndonos marchar, el comentario de un amigo mío al enterarse de que me iba una semana a Canarias con los chicos: "¡Vaya vacaciones te vas a pegar, cabrón!". Eso, encima de *apaleao*, cornudo.

Ángel nos espera a la salida junto con el autobús. Es un tipo bajito, calvo, con gafas. Le echo más de 40. Tiene una barriguita con la que da la impresión de llevarse de maravilla. Su ropa me parece, en principio, fiel reflejo de lo que tapa: hace lo que hace con dignidad y sin aspavientos. Tiene un aire a Danny de Vito. "¿Cómo se llama? Cuéntenme cómo fue". Y le contamos. Tras escuchar la peripecia, nos deja con la boca a medio cerrar y se dirige al interior del aeropuerto. Cuando vuelve, todavía la tenemos abierta. "Bien, esto no puede *hacer* sino mejorar. Espero. Vamos, a la guagua". Cerramos las bocas y montamos en la guagua. Mejorará.

[Extraído de la memoria del viaje a Gran Canaria realizado por alumnos del IES Maestro Gonzalo Korreas, de Jaraíz de la Vera, siguiendo el rastro de don Miguel de Unamuno. Este viaje se llevó a cabo bajo los auspicios del programa "Rutas Literarias". Los profesores al *mando* fueron Javier Parejo Lozano y Néstor Hervás Domínguez. Los hechos que aquí se cuentan —y muchos otros— ocurrieron en marzo y abril de 2006].